

de compatriotas vacantes, se dirigió al vecino país del Norte, y sin salir de su punto de desembarque, Nueva York, pudo alistar su cargamento de hombres. La población italiana de Nueva York constaba por aquel tiempo de unos 10,000 miembros. Organistas ambulantes, mozos de café, cantineros, obreros de pequeñas industrias como las de zapatería, peluquería, etc., y más que todo, *rag-pickers* ó traperos colectores y traficantes de andrajos: tales componentes forman la masa general de la población italiana de Nueva York. Entre ella iba á pescar aquel hombre colonos agrícolas para que explotasen las riquezas naturales de nuestro inculto y desierto suelo. El contrato Rizzo no exigía más que los colonos *tuviesen aptitud para el trabajo agrícola*, y esa *aptitud* indeterminada cuya calificación se dejaba al contratista se persuadía éste hallarla entre *rag-pickers*, organistas y mozos de café. De toda esa chusma, natural era que, los más desgraciados, los que estaban como flotando sobre aquella oleada de miseria impelida del Antiguo hácia el Nuevo mundo, fuesen los que quisiesen desprenderse de Estados Unidos para emigrar á un país inferior y de menos crédito como era México. Y así

fué..... Hombres, mujeres y niños cubiertos de andrajos, andrajos humanos ellos mismos, amontonados en el fondo de un navío para ser trasportados á vil precio, más como fardos que como pasajeros, llegaron á puerto en triste día y en tan triste estado que para hacerles llegar á tierra tuvo que intervenir la Inspección de sanidad con tan escrupuloso rigor como si se tratase de la carga de un buque apestado. Un hombre sucio es una enfermedad; una muchedumbre sucia conglomerada y expuesta á continuo contacto y frotamiento es una epidemia. Sus primeras víctimas fueron los niños. El *sarampion*, esa enfermedad que una ráfaga de aire hace mortal, hizo su presa en varios de ellos. Sus madres los estrechaban contra sus senos envolviéndoles en sus mantos para preservarles de la acción del viento..... Pero en vano! Al ser echado á tierra con su madre, el niño moría silencioso, á la acción de las brisas del mar; la madre seguía estrechándole y envolviéndole, confiada en que su agelito dormía, y cuando el inspector sanitario del ministro Pacheco iba á examinar aquel oculto germen de colono, la madre espantada le alargaba en los brazos un pequeño cadáver..... ¡Pero qué

importaban los niños muertos? Segun el contrato, el contratista no tendria derecho á pago, ni á premio, ni á prima por los menores de 5 años. Los colonos productivos eran los mayores de esa edad, y como el contratista y los comisionados del Gobierno advirtiesen en algunos ciertas tendencias á escaparse de aquel convoy de carne humana, se les pusieron y doblaron guardias militares para vigilarles. Del fondo del buque á los wagones de un tren especial no habia más que un paso, y el tren esperaba en la estacion de Veracruz. Suben á él hombres, mujeres y niños entre gendarmes como si se les llevase á colonizar nuestras prisiones. Macilentos por el mal trato del camino, desgarrados por su miseria originaria, tristes ante la conciencia de aquella especie de conduccion forzada de que se reconocían objeto, se les obligó á aparecer satisfechos y parecia querérseles imponer la alegría violentando los más libres movimientos del corazon. "Gritad ¡viva il Messico! en cada estacion de ferrocarril y ante cada grupo de curiosos que salga á veros al camino." habian ordenado comisionados y contratistas á tantos infelices, y ellos obedecian..... ¡Viva il Messico! gritaron al salir de

Veracruz. ¡Viva il Messico! gritaron al llegar á la capital por la Estacion de Buena Vista. Y se vió como una procesion de mendigos sucios y escualidos. ¡Tantos miles se gastaban en ellos, y no tenian ni se les daba una mala capa con que envolver su miseria! Se les alojó en el vetusto claustro de San Ildefonso, destartalado cuartel donde les esperaba el sueño á flor de tierra ó sobre el *petate*, ese lecho de plumas de nuestros soldados. Y siempre en masa, en esa conglomeracion humillante del presidario y del galeoto, en que la personalidad humana desaparece en el conjunto, se removié á aquella muchedumbre estragada por la fatiga y las enfermedades, cuadragenarios envejecidos en el camino madres desoladas por el espectáculo de sus hijos enfermos ó muertos, y se la hizo marchar sin dilacion..... ¿á dónde?—A Barreto!..... No habia tiempo que perder. El Ministerio de Fomento, entidad que, no por ser oficial, puede dejar de proceder en ciertas ocasiones como un facineroso, parecia tener singular empeño en llevarse á gran prisa y sustrayéndola á las miradas de las poblaciones compasivas del tránsito, á toda aquella gente. Llegá á Veracruz, y tiene listo el tren expreso para

conducirla á México, llega á México y no se dá descanso en hacerla llegar á la Hacienda de *Tierra caliente* señalada á los colonos por el contratista Fulcheri como el término feliz de sus fatigas y penalidades, el dichoso Eldorado donde se les habia prometido que tendrían todos los dones de la naturaleza y todas las más puras alegrías de la vida.

VII.

Una tierra asesina y unos hombres no ménos asesinos.

Y llegaron!..... El *Viva il Messico* impuesto á tanta gente por contratistas, comisionados y guardias de vista, se les ahogó en la garganta al aspecto del prometido Nuevo Eden. Una cañada estrecha por la cual corría un rio presentaba en las dos lengüecitas de tierra que servían de márgenes al rio casi todo el terreno utilizable de tan ponderada hacienda. Lo demás era montaña pedregosa ó tierra pronta á empantanarse y corromperse á las

primeras lluvias y los primeros ardores del sol. "*La pallude!*" exclamó tristemente el convoy de italianos recordando el inmenso y mortífero pantano (*pallude*) de la Campiña Romana.—"¿Con que aquí es?"—decían algunos, al no ver más habitaciones que jacales miserables y (¡eso sí!) una casa de no mala apariencia destinada á dar albergue y residencia á los miembros de la *Direccion de la colonia*.—"Sí, aquí"—contestaba a tal interpelacion el director quien, para dulcificar á los colonos la amargura de la primera impresion, habia dispuesto que una orquesta ranchera, llevada con anticipacion á Barreto, funcionase durante el dia y parte de la noche del primer dia de instalacion. Música, mucha música; pero la comida andaba, si no por las nubes, sí sumergida ó nadando en el caldo de un caserolon, de donde se extraía y se suministraba á los colonos ávidos el alimento, con tanta miseria (cuentan algunos colonos sobrevivientes) como la que reina habitualmente en el *ranchito* de nuestros cuarteles. Luego, para aposentar á tantos hambrientos y fatigados de tan largo y penoso viaje se les indicaron los jacales de leños y lodo cubiertos por la palma tejida de la *tlapala* que sirve de

techo en las cabañas de nuestros bajíos. Interrogaron por el lecho, tan necesario para el sueño á las gentes más rudas de Europa, y se les mostró una parrilla de *ocotes* alzada un palmo sobre el suelo y bautizada con el nombre de *cama*, si no es que se les señalaba el suelo desnudo. Fué aquella una reduccion forzada de centenares de hombres á la vida primitiva y salvaje. La edad *agrícola* apenas podia renacer en aquella colonia porque no habia tierra de cultivo más que para algunas familias afortunadas y privilegiadas; los demás colonos, desesperados ante lotes de terreno pantanoso en el bajío y árido en la montaña, tuvieron, para vivir, que remontarse á la edad *cazadora* ó de la caza en que los hombres vivian sólo de la presa atrapada ó muerta. Nemrod, bajo la múltiple figura de tantos colonos hambrientos, se echó á cazar de nuevo por las dos ó tres leguas cuadradas de Barreto. Venados, guajolotes silvestres, *chachalacas*, palomas, toda la Fauna alimenticia de nuestra costa del Pacífico, proveía con su carne á la manutencion de la colonia descuidada por el Ministerio de Fomento. La peseta diaria, estipulada en el contrato de enganche, se les negaba á los colonos en algunas

semanas, se les daba con demasiada irregularidad en otras. ¡Insensato gobierno que teniendo ya sobre sí como un inmenso peso, la *peseta diaria* del ejército por cada soldado, decidió echarse encima la *peseta diaria* de las colonias por cada inmigrante! No sabian todos ellos, presidente, ministros, compadres, que un pedazo de buena tierra y garantías en su vida y en su hacienda es lo que necesita el colono para prosperar; mejor que la miserable proteccion pecuniaria del Estado que, sin bastar á las exigencias de su vida, restringe y enerva su actividad! El hombre está hecho de tal manera que la demasiada proteccion le quita todo estímulo para el trabajo. En Inglaterra es un hecho comprobado por ciertas sociedades humanitarias, como las de *temperancia*, que cuando establecen en los pobres centros de poblacion un *club* ó *casino para tomar té* y otras bebidas no alcohólicas haciendo la Sociedad por su cuenta todos los gastos de construccion y mueblage, el casino ó club no tienen resultado, porque los pobres desdeñan ir á ellos y prefieren sus tabernas; pero cuando esos gastos de construccion y mueblage los hace la Sociedad con el concurso de los vecinos del lugar, por medio de sus-

criciones voluntarias abiertas para el efecto, entonces el *club temperante* tiene buen éxito, porque los obreros van á él prefiriéndole á sus tabernas. Y es que en este último caso, la simpatía y el interés del pobre se han despertado en favor del *club* al impulso de ese sentimiento muy humano que nos hace amar y adherirnos á todo lo que nos es permitido considerar como nuestra propia obra por habernos costado más ó menos trabajo y un mayor ó menor sacrificio.

Pero en Barreto—¿qué se hacia?—Privar al colono del terreno saludable y fértil que se le ofrece en la República Argentina, y hacerle confiar en una protección pecuniaria del Estado que no llegaba ó llegaba mal y tarde. La *raya* de Barreto nombre que se da en nuestras haciendas á la paga semanal del jornalero, fué al principio objeto de las reclamaciones silenciosas de los colonos, después de reclamaciones á voz en cuello, gritos de angustia y desesperación que no dejaron de percibirse públicamente, gracias á alguna que otra revelación de la prensa independiente. Como la *raya*, les faltaban también la tierra, los animales los instrumentos de labranza, casi todo lo prome-

tido..... (*) Entretanto crecía el calor y venían las lluvias á encenegar el suelo de Barreto. Hasta allí no habían sufrido los colonos más que el hambre y las incomodidades de la vida salvaje; luego, llegada la estación de calor y de lluvias, empezaron á sufrir el azote de plagas y enfermedades desprendidas del cielo ardiente y la tierra húmeda. Se removió en los pantanos todo el arsenal oculto de las sabandijas ponzoñosas: la turipata, de innumerables patas que se clavan en la carne del hombre como otros tantos agujones; el alacran de las más venenosas especies; la tarántula, de ponzoña tan activa que hace caer instantáneamente el casco del caballo que la pisa y la revienta; el

(*) En 28 de Abril de 1882 apareció en un diario de la República una carta dirigida por algunos colonos de Barreto al editor del mismo diario, carta que el historiador se contenta con reproducir por vía de *nota* como un curioso documento cuyas quejas é inculpaciones no fueron contestadas ni destruidas por el *Diario Oficial* del Gobierno. He aquí la carta:

«Muy señor nuestro.—No dudamos que un justo sentimiento de humanidad por parte de Vd. concederá las columnas de su periódico para anunciar el grito de indigna-